

Entregada por completo á la alegría de haber vuelto á ver á su hija, Lucía Aubré no conoció al principio la imprudencia que había cometido y los sufrimientos que se había preparado á sí misma.

Si en otro tiempo la había costado tanto trabajo separarse de Luisa cuando era niña, ¿cuáles debían ser sus angustias y sufrimientos cuando, después de haberla encontrado hecha una hermosa joven, tenía que seguir viviendo separada de ella? ¡Qué dolor y qué castigo! ¡No tener pensamientos de amor ni de religión más que para un sólo ídolo, y no poder arrodillarse delante de él! ¡Saber que dos pasos, dos palabras bastaban para reunirla con el objeto de su culto, y no osar darlos ni decirlos, por tener conciencia de que su pasado la hacía indigna de

aquella hija!... ¡No contar con nadie á quien confiar su dolor, á quien quejarse, con quien llorar; estar sola, sufrir sola y adorar sola!... ¡Saber que su hija no podía ser dichosa faltándole los cuidados, los consejos y las caricias de una madre, y no tener el derecho de prodigárselos!... ¡Qué dicha vivir al lado de aquella niña, ver cómo crecían su talento y sus gracias, escuchar los latidos de aquel corazón que despertaba, seguir los progresos de su primer amor, oír las inocentes confidencias que no se ocultan á una madre!... ¡Oh!... ¡Desear todo esto..., tenerlo, y estar privada de tan puros goces!...

En algunas ocasiones la faltaba valor y resignación, y estuvo á punto de correr á *Ville-d'Avray*, de arrancar á Luísa de la casa donde vivía, y llevársela á la suya, imponiéndola por fuerza su amor.... Pensó dejarse morir, puesto que su existencia era inútil, ó dejar la soledad en que vivía distraendo su dolor con el ruido de las fiestas, olvidándose de que era madre y volviendo á ser lo que había sido; pero se detuvo al borde del abismo, al pensar que si no podía estar al lado de su hija, al menos podría velar por ella de lejos y tenerla bajo su protección oculta y poderosa. Recordó además el retrato moral que Luísa había hecho de su madre, y quiso parecerse á él todo lo más que la fuera posible, para compensar con esto los errores de su vida, te-

niendo una especie de honradez y de pureza sólo por su hija.

Cuando sufría demasiado, cuando no podía dominar su tristeza, trataba de ver á la adorada de su corazón, confiando en la casualidad, y buscando ocasión de encontrarla.

Comprendía lo imprudente que era esta conducta, ahora que Luísa la conocía; pero no tenía suficiente valor para privarse de la única dicha que podía disfrutar.

Entonces conoció la razón que había tenido el señor Dubreuil al exigirla que partiera para América, y la falta que había cometido al volver á Francia.

Un día en que Leona se había detenido en el boulevard de la Magdalena para hablar con Desobry, vió á la señorita Dubreuil que venía por aquella acera. De repente se olvidó del lugar en que estaba, de la multitud que la rodeaba y del mismo Desobry que la hablaba inútilmente.

Lucía Aubré se volvió hacia su hija, que continuaba avanzando despacio, y se puso á contemplarla con embriaguez.

Hasta aquí la imprudencia no era grave, porque Leona llevaba un velo por la cara; y como Luísa sólo había distinguido sus facciones imperfectamente la noche de la cita de *Ville-d'Avray*, no podía reconocerla; pero un loco deseo la asaltó de pronto, y cuando su hija se encontró á

una corta distancia, echó bruscamente su velo hacia atrás.

Luisa continuaba avanzando sin reparar en aquella mujer, que, pálida y temblorosa, la observaba con ansiedad. Ya iba á pasar sin haberla visto siquiera, cuando de pronto volvió la cabeza y lanzó un grito de asombro.

Leona se estremeció de gozo al ver que su hija venía hacia ella, arrastrando á la persona que la acompañaba; y ya iba á adelantarse á su encuentro, cuando Desobry, que no comprendía nada de aquella súbita distracción, la dijo, tocándola en el brazo:

—¿Qué os sucede?... Si os incomoda, me marchó.

Su sueño cesó; aquellas palabras la devolvieron la razón, y comprendiendo en seguida el nuevo peligro que amenazaba á su hija, se volvió, y cogiendo vivamente el brazo de Desobry, atravesó el boulevard.

Todos estos sufrimientos, descritos lo más brevemente posible, hubieran sido menos crueles si Armando Clairvaux hubiese ido á verla después de la comida del Café Inglés; pero el joven Barón, ya porque sus amores y sus placeres le ocupasen todo el tiempo, ya porque le diese vergüenza encontrarse con Lucía Aubré, tardó mucho tiempo en ir á su casa.

La razón que le condujo á ella por fin, me-

rece ser mencionada, porque pinta el carácter de Armando, é indica además cuán elástico es el corazón de algunos hombres: ventaja que les permite dar asilo al mismo tiempo y sin empucho á lo profano y á lo sagrado.

Había encontrado Armando varias veces á los compañeros del Café Inglés, y cada uno de ellos le había preguntado por Leona. Al asegurar el joven que no la veía, le felicitaron por su discreción y reserva; pero sostuvieron que le creían incapaz de haber descuidado la conquista de semejante mujer, la que, á no dudar, se había enamorado de él.

El amor propio de Clairvaux se conmovió, y el joven pensó que, en efecto, la conducta extraña de Leona podía más bien ser atribuída al interés que él la inspiraba, que no al que ella debía sentir por la hija del señor Dubreuil, y quiso asegurarse sobre este punto.

Se adivinará el placer que Lucía Aubré tuvo al volver á verle; el hombre amado por Luisa poseía á sus ojos los más raros méritos, y tenía innegables derechos á sus simpatías. Leona derramó ante él todos sus tesoros de gracia y talento: quería, por una parte, interesarle lo bastante para retenerle á su lado, y por la otra estar suficientemente reservada para destruir las esperanzas que el joven se sentía muy dispuesto á concebir. Así lo consiguió.

Cuando, encantado Armando por todas las seducciones que había desplegado ante él, tomó la costumbre de ir á consagrarla el tiempo que no pasaba en *Ville-d'Avray*, le hizo hablar de Luisa, de su amor y de sus proyectos para el porvenir.

Armando se entregaba con gusto á la costumbre de hablar así largas horas con una mujer que conocía tan bien los sentimientos del corazón, y por una especie de coquetería, creyendo excitar así los celos de su confidente, se complacía en exagerar las virtudes de su linda prometida.

Muy pronto llegó un día en que Leona se atrevió á hacer preguntas y á dar consejos, criticando con ardor y poniendo en ridículo los defectos de Armando, y éste, más sensible, como la mayor parte de los jóvenes, á las burlas de una mujer hermosa que á los reproches de personas formales y sensatas, comprendió sus faltas y trató de corregirse de ellas.

Gracias á las confianzas que había logrado obtener y á indicios que rara vez engañan, Lucía Aubré seguía paso á paso los progresos de un amor reciproco en los dos jóvenes. Supo que sólo la ausencia del señor de Clairvaux, padre de Armando, retardaba el matrimonio, al cual estaba su hijo completamente decidido.

Animada con estos acontecimientos, Leona

llegó durante algún tiempo á creerse dichosa y á tener valor para evitar todos los arranques maternales que pudieran ser peligrosos para su hija. Fueron aquellos días de los pocos dichosos que había disfrutado en su vida. Nada ni nadie vino á turbar su paz, y tuvo que confesarse á sí misma que había calumniado á Orchamps al sospechar que iría á verla y á pedirle la recompensa del servicio prestado en el Café Inglés.

El Conde no hizo, en efecto, ninguna diligencia para ser recibido en su casa, y si no se le hubiera visto estrechar más todavía sus relaciones con Armando y tratar de conocer al señor Dubreuil, se hubiera podido creer que había renunciado á mezclar su vida con la de Leona.

Pero esta especie de tranquilidad relativa no podía durar mucho tiempo.

Una mañana recibió Leona una carta del señor Dubreuil, y ésta fué la que vino á amargar su vida y á preparar los últimos incidentes que terminan esta historia.

«Es importante, decía aquella carta, comunicar á Lucía Aubré una noticia que tiene mucha influencia sobre el destino de su hija. Armando de Clairvaux, hijo de un vecino y amigo, acaba de confiarme que está enamorado de Luisa, que cree ser correspondido, y que el señor de Clairvaux, su padre, se propone hacer al día siguiente la petición oficial. Estos proyectos, que

siento no haber sabido adivinar, traen consigo serias complicaciones. Yo había creído poder, sin hacer daño á nadie, presentar en el mundo y llevando mi nombre á una niña educada por mí; pero para un acto tan grave como el matrimonio, mi conciencia se subleva ante la idea de no decir sin rodeos la verdad. Me creo obligado á participar á Lucía Aubré mis intenciones, de las que no la había hablado hasta ahora, por no despertar prematuras inquietudes.»

Leona no comprendió al principio toda la importancia de esta carta, viendo solamente en ella la prueba de que Armando cumplía su palabra, de que su padre aprobaba el matrimonio y de que Luisa iba á ser dichosa; pero á esta alegría sucedió muy pronto el deseo de ver al señor Dubreuil, de que éste la explicara el secreto que se proponía revelar, de enternecerle con sus ruegos, y de disipar á su lado las tristes preocupaciones que la asaltaban desde hacía un instante, y que en vano trataba de combatir.

Al día siguiente, Leona se propuso ver al banquero antes de la hora fijada para la entrevista con el señor de Clairvaux.

Corrió á su despacho, donde podía presentarse sin despertar sospechas; pero supo allí que acababa de salir, y entonces resolvió dirigirse á *Ville-d'Avray*.

Se presentó atrevidamente ante la gran puer-

ta de entrada, y preguntó por el amo de la casa al criado que salió á abrir. La respondieron que el señor Dubreuil estaba ausente; pero que al partir por la mañana á París había dicho que no tardaría en volver.

Lucía Aubré quiso esperarle, y la pasaron al salón.

Cuando se encontró sola allí, empezó á examinar conmovida y curiosa aquella habitación que tantas veces había animado con su presencia su hija querida.

Todos los muebles parecían tener un alma y hablar un delicioso lenguaje: en aquel sofá se había recostado Luisa; allí debía haberla sorprendido el sueño, y con él inocentes y dulces proyectos. En las largas noches de invierno había trabajado, sin duda, sentada delante de la mesa que estaba viendo, y quizá el pensamiento de su madre ausente había dejado sus manos inactivas, mientras sus hermosos ojos se levantaban hacia el cielo buscando el rostro que no conocía de aquella madre que nunca la había acariciado. Al mismo tiempo Lucía Aubré apercibió un pañuelo á medio bordar que estaba abandonado en un mueble. Se apoderó de él, y quiso llevarle á sus labios; pero en medio del blanco fondo de una flor descubrió una manchita de sangre, procedente sin duda de algún pinchazo que Luisa se habría hecho con la aguja, y su imaginación,

predispuesta á alarmarse, creyó ver allí un presagio funesto.

Afortunadamente un acontecimiento temido y deseado á la vez vino á cambiar el curso de sus ideas: se oyó el roce de un vestido en la habitación próxima, y un momento después la puerta del salón se abrió bruscamente.

X.

Luísa apareció, y al principio no reparó en su madre, que tuvo tiempo de contemplarla en secreto.

Nunca la había visto tan linda, tan resplandeciente de salud y felicidad: un fresco vestido de muselina rosa modelaba las graciosas líneas de su cuerpo, y uno de esos grandes sombreros de paja que se llevan en el campo esparcía una ligera sombra sobre su rostro, atemperando el brillo de su tez.

La joven parecía sonreír á un gran ramo de flores que acababa de coger en el jardín y que se apresuraba á colocar en los floreros del salón.

—¡Qué flores tan hermosas! (dijo Lucía Aubré, adelantándose.) ¿Las cuidáis vos, señorita?

Luísa lanzó un grito de sorpresa: después,

reconociendo á la que le hablaba, corrió hacia ella y la tendió la mano.

—¡Ah, señora! ¡Qué placer tengo en veros!... ¿Por qué habéis olvidado tanto tiempo á la hija de vuestra amiga?... Me prometisteis volver, y ya han transcurrido cerca de dos meses desde....

La joven se detuvo ruborizada.

—He estado ausente (respondió Leona, á quien aquel reproche llenaba de alegría); pero ya veis cómo en cuanto he vuelto me apresuro á venir á buscar al señor Dubreuil hasta su retiro.

—No tardará en volver, porque hoy espera una visita importante.... Permittedme, señora, que os acompañe hasta su regreso.

Y Luisa, con la gracia más natural y más seductora, hizo sentar á su madre y se colocó á su lado.

Estaban frente á una ventana, por donde se veía la puerta de entrada de la verja; de modo que Leona podía tomar sus precauciones en cuanto apercibiese al señor Dubreuil, para no ser sorprendida con su hija.

—Señora (dijo ésta sonriendo): tengo que reñiros un poco. Últimamente os he encontrado algunas veces en la calle, y siempre habéis huído de mí y habéis hecho que no me veáis.

—No ibais sola (replicó Lucía Aubré), y la persona que os acompañaba hubiese extrañado....

—Es verdad, señora: al decir que os conocía,

tenía que confesar una grave falta, que os juro me ha avergonzado muchas veces.

—Vuestra juventud y vuestra inexperiencia os disculpan un poco, hija mía.... Además, Armando....

—¡Cómo!... ¿Sabéis su nombre?

—Sin duda.... Nadie ignora que os hace la corte.

—Pues habéis de saber que el padre de Armando está ya de vuelta, y que hoy debe hacer una solemne petición á... mi tutor.

—¿Por eso estábais adornando el salón con tantas flores?

—Sí, lo confieso.... para recibir al padre de Armando.

—Sobre todo, cuando trae consigo á su hijo.

—¡Ah, señora! Leéis en mi corazón como lo hubiera hecho mi madre,—añadió la niña dando un suspiro.

—¿Amáis mucho á Armando, eh?

—Más que nunca.

—¿Y estáis segura de que él os ama tanto como vos le amáis?

—¡Más! (dijo Luisa.) ¡Mucho más!

Y añadió, conteniéndose:

—¡Oh! Quizá me hago ilusiones...., porque eso no es posible.... ¡Le quiero tanto!.... Armando no ha hecho ninguna alusión á aquella noche en que os vi por primera vez, señora. Sólo me

ha rodeado de cuidados, de cariño y de respeto para hacérmela olvidar. Mi padre le dijo que mirase nuestra casa como la suya durante la ausencia del señor de Clairvaux; así es que ha pasado aquí la mayor parte del tiempo. No ha ido á ninguna diversión, ni ha respondido á las invitaciones que recibía continuamente de sus amigos.... Tiene muchas relaciones, y le buscan por todas partes.... ¡Es tan amable y tan distinguido!

Al oír hablar á Luisa, y al verla tan confiada en su próxima dicha, Lucía Aubré tembló al recordar la carta del señor Dubreuil, causa de su presencia en *Ville-d'Avray*.

—¿Y no teméis que vuestro padre ponga algún obstáculo á ese matrimonio?—preguntó Leona.

—Un obstáculo.... ¿Por qué razón? ¿No estoy ya en edad de casarme?... ¡Tengo diez y ocho años! ¡Diez y ocho años! ¡Cuidado! Además, mi padre aprecia mucho á Armando, y no querría hacerme desgraciada, pues siempre ha sido buenísimo para mí.... Si se opusiera á ese matrimonio, me moriría.

—¡Dios mío, no permitáis que así sea! ¡Inspíradme en la entrevista que voy á tener!—dijo interiormente Lucía Aubré.

—¡Ya está ahí mi padre!—exclamó Luisa, al oír el ruido de un coche.

Leona se levantó.

—Mi querida niña, supongo que pensaréis, como yo, que el señor Dubreuil no debe encontrarnos reunidas. Una palabra, un gesto imprudente, podrían hacerle saber que nos conocemos ya, y querría saber lo que tratamos de ocultar. Salid de aquí, ó conducidme á otra habitación.

—Tenéis mucha razón, señora. Soy una loca, que no caigo en nada. Voy á dejaros con mi padre....; pero no olvidéis decirle que os presente á su hija.

Y dió algunos pasos por el salón, como si buscara algún objeto.

—No sé dónde ha ido á parar mi bordado (dijo por fin). Le estoy buscando para ir á trabajar al jardín.

—Aquí le tenéis (dijo Leona); le estaba examinando cuando entrasteis, y, distraída, le he conservado en la mano.... Hace tiempo que estoy buscando un dibujo parecido, sin poderle encontrar.

—Entonces, señora, hacedme el favor de aceptar....

—¿Este pañuelo?

—Aunque no tiene ningún valor....

—¡Oh! Le tiene inmenso á mis ojos.

—Razón de más para que no le rehuséis.

—Bien.... Le guardaré en recuerdo vuestro....

Pero marchaos, que está aquí vuestro padre....
Adiós.

—Hasta luego, señora.... Rogad al cielo para que la petición de Armando sea bien acogida por su padre y el mío.

• Un momento después el señor Dubreuil, avisado por un criado de que una señora le esperaba, abrió la puerta y se encontró frente á frente con Lucía Aubré.

XI.

El señor Dubreuil mostró al reconocer á Leona menos asombro del que ella suponía.

—Señora (la dijo, después de haberla saludado); cometéis al venir aquí una grave imprudencia, que no me atrevo á echaros en cara, pues mi carta de esta mañana es sin duda la causa.

—En efecto, me ha alarmado mucho.

—Os juro que siento tanto como vos las confidencias que hoy me veo obligado á hacer.

—Precisamente de esas confidencias he venido á hablaros..., porque no he comprendido bien vuestra intención.... ¿Qué pensáis decir al señor de Clairvaux?

—La verdad, señora, conforme os he participado en mi carta. No puedo engañar á una honrada familia que deposita en mí toda su con-